

Madre Barat, que cierto no la había merecido. ¡Pero cuán escabrosa y oscura fué asimismo la situación de sus asistentas, de quienes era harto conocida la mala corriente de la opinión en Francia acerca de este punto, y las cuales debían temer ante todo que la dirección del instituto se fuese con ella! En esto era razón fijarse: para todas aquellas celosas y piadosas hermanas era aquél un tiempo de expiación, por más que la flaqueza humana deje de advertir á menudo las faltas en que suele deslizarse, y todas hubieran podido decir con la Madre Barat: “Nunca hubiera creído que aun á los santos, mientras no han pasado *per ignem*, es decir, por el fuego del amor divino ó por el fuego del purgatorio, les sea tan difícil entenderse.”¹

Monseñor Affre, con el piadoso intento de “salvar á la Sociedad del Sagrado Corazón”, no cesaba de apremiar á la Madre Barat á suscribir “el acta de abolición de los decretos”. Y finalmente en unión con otros muchos obispos elevó una petición al mismo Gregorio XVI, solicitando que para preservar á la Sociedad de inminente ruina “restituyese su fuerza y vigor á los estatutos primitivos, que habían sido aprobados por León XII”. Por su parte el cardenal protector (Pedicini) suplicó al Padre Santo que resolviera directamente la cuestión, y el nuncio anterior así como el internuncio actual de París propusieron al arzobispo Mathieu como la persona que mejor podía

¹ La Madre Barat á la Madre d'Avenas, 8 de septiembre de 1842.

informar de palabra al Padre Santo y á los cardenales acerca de todo aquel negocio. El arzobispo Mathieu partió con tal intento á Roma, y la mañana misma del día de su llegada celebró el santo sacrificio de la misa sobre las reliquias de San Ignacio en el Gesù con la intención de que la petición fuese despachada únicamente para gloria de Dios (18 de enero de 1843).

Los cardenales á quienes fué encomendado el examen de los decretos, entendieron claramente que las circunstancias de los tiempos no permitían la ejecución de ellos, y que el llevar esta prueba adelante traería consigo la ruina de la Sociedad del Sagrado Corazón. Todos los cardenales, incluso el mismo cardenal Pedicini, declararon unánimes que “la Sociedad debía en adelante vivir conforme á la regla aprobada por el Papa León XII”. Gregorio XVI dió carácter jurídico á este dictamen, y el arzobispo Mathieu se apresuró á comunicar á la Madre Barat tan importante resolución. ¡Cuál no fué la alegría con que esta Madre dió gracias á Dios y á su representante en la tierra! ¡La seguridad por fuera y la paz dentro iban ahora á suceder á la angustia y dura tensión de las hermanas! La Madre Barat no se cansaba de repetir: “Al Padre Santo debe nuestra Sociedad la vida.”

“Ahora, queridas hermanas,” decía la Madre Barat en una circular de 6 de abril, “ahora daremos gracias al Señor por las tribulaciones con que su mano paternal nos ha afligido. En la cruz hemos de reconocer siempre el árbol de la vida, de donde nos vienen todos los bienes.” Y después de estas inflama-

das y sublimes palabras demandó á todas que ante la voz del Vicario de Jesucristo diesen de mano á sus encontrados pareceres.

Tuvo este inefable consuelo, que todas las hermanas cedieron á su exhortación; la Madre Galitzin, aunque invadida de una fiebre violenta, se ofreció á volver á América para poner allí la regla según su antiguo tenor; la anhelada concordia volvió á reinar en todas partes, y aunque el combate había sido recio, y durado por espacio de cuatro años, la Sociedad no perdió casa ninguna ni de ella se desprendió ninguno de sus miembros.

Cumplióse pues en la Madre Barat y en otras muchas siervas de Dios, que tanto fruto de salud hicieron en aquellos tiempos de dolorosa prueba, la palabra del gran San Vicente de Paúl: "Paciencia, abnegación, alegre aceptación de la cruz, he aquí la doctrina que nos enseñó el divino Salvador. Quien bien la entiende y graba en su corazón, ese está en primera fila en la escuela de Jesucristo."

* * *

Este prolongado combate interior fué en las hermanas preparación á trabajos de otro orden, pues que las había vigorizado; y así como el árbol batido por la tempestad penetra más profunda y tenazmente con sus raíces en la tierra, y después resiste con doble fuerza nuevos asaltos, así podían ellas ahora, unidas en un todo enteramente uno, resistir los embates de la persecución de fuera.

Esta persecución tuvo un doloroso preludio.

El buen Padre Varín visitaba aún de vez en cuando el noviciado en Conflans, donde la Madre Barat en 20 de noviembre de 1842 se había establecido. En una visita que les hizo en 24 de noviembre de 1842, después de haberles dicho, como era su costumbre al despedirse de las hermanas, algunas palabras sobre el *semper gaudete* (alegrarse en todo tiempo), añadió: "Amaos, hijas mías, unas á otras, porque éste es el mandamiento del Señor." Fué ésta una palabra de despedida hasta larga fecha. El arzobispo de París conservaba entre otras preocupaciones antipatía contra los jesuítas, á quienes prohibió de repente curarse, ni aun en lo más mínimo, de la dirección espiritual de las hermanas del Sagrado Corazón ó tomar parte en sus ejercicios.

Esta incomunicación con sus más antiguos y probados padres y consejeros sintióla mucho la Madre Barat, pero nada pudo mover al arzobispo á revocar su prohibición, ni aun las circunstancias siempre alarmantes de aquellos tiempos, especialmente nefastos para la Sociedad del Sagrado Corazón. "No puedo yo declarar",—escribía la Madre Barat en agosto de 1846, refiriéndose á este episodio,— "lo mucho que nos cuesta, pero no queremos quejarnos, que esto sería vileza."

En París la Universidad maquinaba contra la Sociedad; en Alemania y en otras partes, donde se había hablado de llamar á las hermanas, corrieron rumores tales que inducían más y más los ánimos á desconfianza y menosprecio de ellas.

En 26 de octubre de 1846 la Madre Barat escribía así desde Conflans á la Madre de Limminghe: "El

infierno no se da sosiego en parte alguna. . . . Por nuestra parte debemos orar y no cesar de orar . . . porque es inminente una persecución.” Algún tiempo después decía á otra hermana: “Pero nuestro Salvador ha dicho: Confiad, yo he vencido al mundo; vosotros seréis perseguidos á causa de mi nombre; palabras son éstas que infunden en mi ánimo valor. ¿Qué os parecen á Vos, querida Madre? En todo caso aborrecénnos porque llevamos el dulce nombre de Jesús.”

Fué aquél un tiempo en que el liberalismo se esforzaba por obscurecer y combatir en todas partes las verdades religiosas, los sublimes conceptos de derecho y obligación y las tradicionales relaciones entre la Iglesia y el Estado; en que no sólo infundió en los gobernantes un temor tal que les movía á poner bajo su protección al mismo liberalismo para dejar de tener enemigos, sino hasta llegó á concebir la esperanza de hallar en Pío IX, elevado por entonces al trono pontificio (junio de 1846), un instrumento de que poder servirse en defensa de la “libertad”. Por aquellos días la Madre Barat manifestó su temor, que bajo aquellas coronas de flores se ocultasen agudas espinas. No había aun transcurrido un año, y he aquí que la revolución, hija del liberalismo, levantó en todas partes la cabeza y paseó su carro triunfal sobre casi todos los Estados de Europa.

La Sociedad del Sacratísimo Corazón hubo de sufrir amargas penas. Como la guerra de la Federación separatista en Suiza hubiese tenido por desgracia un desenlace funesto para el partido católico, los radi-

cales cayeron con furor sobre iglesias y monasterios; y el mismo establecimiento del Sagrado Corazón en Montet acabó por cerrarse. La Madre Barat escribía en 23 de noviembre de 1847: “El país entero, Friburgo especialmente, está invadido por los radicales; los jesuitas han tenido que huir; nuestras hermanas se han visto obligadas á refugiarse en otras casas nuestras . . . es de temer que el pueblo se entregue al saqueo.”

Un peligro especial amenazaba á las hermanas en el odio de los enemigos de la Iglesia á los jesuitas, pues sabido es que las hermanas estaban bajo su dirección, y que respecto de ellas se divulgaban casi las mismas fábulas inventadas para desacreditarlos á ellos. “El rey de Prusia”,—escribía la Madre Barat en 1845,—“no quiere oír hablar de nosotras, porque le han dicho que somos jesuitillas, que poseemos secretos peligrosos, etc. En Florencia daban los señores casi la misma respuesta: «son jesuitillas». Nuestra situación efectivamente es especial; somos proscritas por ser aliadas de la Compañía de Jesús y no podemos gozar del auxilio que habrían de prestarnos. Por fortuna el Corazón del divino Salvador es nuestro asilo.”

Otra causa de desconfianza por parte de las muchedumbres extraviadas en Italia por el delirio de la “Italia una” fué haber circulado como moneda corriente que la Sociedad del Sagrado Corazón en Milán y Venecia era afecta á la aborrecida dominación de Austria, con lo cual corría naturalmente “la patria” un verdadero peligro. Y como en 1º de marzo de 1847 los jesuitas fueran lanzados de Turín, el pueblo en masa

se agolpó alrededor del colegio del Sagrado Corazón y desahogó allí su ira con burlas y amenazas; el ministro (Borelli) no quiso y el arzobispo Franzoni no pudo acudir en su auxilio, pues acababa de ser invitado oficialmente á alejarse inmediatamente de la ciudad y del país; así que al cabo de pocos días las hermanas se vieron obligadas á dejar, primero á Turín, después la casa de Pignerol, y por último la que tenían en Saluzzo aun antes que las cámaras decretasen su expulsión del Piamonte. El pueblo de Chamberí fué el único que quiso conservar la casa que allí había del Sagrado Corazón, y hasta se opuso al decreto del parlamento.

Semejante fué á esto lo acaecido en Parma y en Génova, con esta diferencia: que aquí el hecho fué precedido de gritos salvajes. En procesiones ignominiosas en que gentes enmascaradas se mofaban de las hermanas profiriendo cánticos obscenos, recorría la multitud amenazadora las calles. “¡Mueran los jesuítas! ¡Abajo los jesuítas!” era el grito que se oía día y noche. Los jesuítas fueron sorprendidos de noche; ya con tiempo habían proveído á la seguridad de sus alumnos, pero las personas de los religiosos casi todas fueron presas y arrojadas al fondo de las galeras con los condenados á ellas por crímenes, y el pueblo se holgaba de ello cantando el *Te Deum laudamus* por las calles. El 8 de marzo se presentaron las turbas ante el colegio de las hermanas, las cuales huyeron el día siguiente disfrazadas, habiéndose recogido de noche en la cabaña de un pobre pescador; sucesivamente se fueron unas á Mar-

sella, otras á Chamberí, en dirección á Francia ó á algunos de los colegios que tenía el instituto en Italia.

La revolución llegó también á París. Luis Felipe cayó el 24 de febrero y huyó disfrazado á Inglaterra, mientras se daba la batalla en las calles. La Madre Barat aprovechó entonces las ocasiones que se le presentaron, de hacer bien á infelices combatientes de uno y otro bando. Así se hubo una vez con un revolucionario gravemente herido: dispuso que viniera el médico; cuidó de él con incansable solicitud, y tuvo el consuelo de verle sano y convertido á Dios. “No hay términos con que referir”,—escribía la que era entonces portera,—“las limosnas que hacía valiéndose de mí. . .” Eran tan considerables especialmente las distribuciones de pan que se hacían á la puerta muchas veces cada semana, que según refiere la misma hermana, la policía después de haber dado gracias por ellas, rogó que se suspendieran, pues no se consentía entonces tanta afluencia y concurso de personas. Estas caridades de la Madre Barat ampararon la casa contra el odio de las turbas, y las hermanas pudieron proseguir sin impedimento su obra.

La serena tranquilidad con que la Madre Barat recibía la noticia de la ruina de tantas casas florecientes de la Sociedad del Sagrado Corazón, infundía ánimo y fortaleza en las hermanas, pues sabían y veían que esa tranquilidad nacía únicamente de su entera sumisión á la voluntad de Dios, sin perjuicio de sentir en lo más íntimo de su alma todas las tribulaciones de la Iglesia y de la Sociedad del Sagrado

Corazón, y de “partirle el corazón”, como ella decía, el odio á Dios de donde nacen estas persecuciones.

Llegó junio de 1848, y con él la encarnizada refriega que ensangrentó las calles de París, en las cuales cayó mortalmente herido el arzobispo. Para la Madre Barat y para otras personas fueron verdadero consuelo los sentimientos más afectuosos que les manifestó el prelado en el postrero tiempo de su vida. Ya en noviembre escribió en una de sus cartas la Madre Barat: “El Reverendísimo Señor arzobispo nos restituye el permiso de aprovechar el auxilio de los jesuitas, á lo menos en casos extraordinarios.” “¡Ya comprenderéis cuál será mi contento!” Léese en su biografía, que estando á punto de morir por efecto de las heridas, encargó á su secretario, que “diese testimonio de su particular estima y afecto al nuncio de Su Santidad, á los jesuitas, á los sacerdotes de San Sulpicio, á las hermanas del Sagrado Corazón y á algunos amigos”.

En Roma é Italia á los gritos de Hosanna en honor del nuevo Pontífice habían sucedido hacía ya tiempo el de la rebelión, el *crucifige eum*. En 9 de octubre de 1848 Pío IX visitó el colegio de las hermanas de Trinità dei Monti; y como viera allí su retrato, dijo á la superiora que le acompañaba: “Este pobre ha sido puesto como signo de contradicción.” En noviembre tuvo lugar casi ante sus ojos, en su mismo palacio, el asesinato cometido en la persona del conde de Rossi, al que se siguió aquella salvaje revolución de cuyo furor pudo salvarse el Papa huyendo. Las tropas francesas se dirigieron á Italia para tomar á Roma y

devolvérsela al Papa, pero la Madre Barat temía por sus tres casas de Roma, por más que ya la embajada francesa había designado la casa de la Trinità, en razón de ser propiedad francesa, como asilo para todas las hermanas. Las religiosas de la Villa Lante fueron lanzadas de su domicilio y transportadas á la Trinità en carros descubiertos entre salvajes gritos y sonidos de trompetas, habiendo mostrado ellas tanta serenidad y firmeza, que los jefes de aquella tropa hubieron de exclamar: “Jamás vimos mujeres como éstas; tienen corazón de dragones.” Garibaldi y sus famosas bandas asolaron á la Villa Lante y sus jardines, y la casa de Santa Rufina fué también evacuada por las hermanas.

El ejército francés tomó á la ciudad eterna el 5 de junio de 1849. Con esto la Madre Barat se vió libre del penoso cuidado en que estaba por las hermanas que allí había; en cambio no dejaban de intranquilizarla las nuevas que recibía de las casas de Padua y de Loreto, aunque lo que más sentía, era ver inaugurarse una era indefinida de persecución contra todos los hijos de la Iglesia. “Días alegres”, — escribía por entonces ¹, — “no los veremos ya. . . . La corrupción se extiende cada vez más en la masa del pueblo.”

Fué aquella época para muchos y también para las hermanas del Sagrado Corazón tiempo de prueba bajo diversos conceptos. El cólera había parecido de nuevo, y aunque hubo de perdonar á las hermanas que permanecieron en París, mas de las otras

¹ Á su sobrino Dusaussay. París, 27 de agosto de 1849.

casas todas las semanas recibía la Madre Barat noticia de dos defunciones por lo menos; la sociedad contó aquel año (1849) setenta miembros menos que el anterior.

Dos víctimas escogidas hubo de ofrecer por aquel tiempo al Señor: á la edad de 83 años murió el día 1º de julio la Madre Deshayes. “Esta religiosa”,— escribía la Madre Barat,— “fué mi primera compañera, la más antigua de todas, la única que todavía quedaba de nuestra fundación en Amiéns. Tales vínculos no se rompen sin que el corazón se sienta oprimido de dolor. . . . Hasta el último día conservó el fervor que sintió en el de su primera comunión.”

También perdió entonces la fundadora al excelente Padre Varín. Había cumplido ya este Padre ochenta años, y sólo con trabajo podía andar y hablar; pero cuanto se lo permitían sus fuerzas, visitaba, según su promesa, todos los meses el noviciado en Conflans. En tales ocasiones les hablaba de la confianza, de la alegría en Dios, del amor mutuo: “¡Confianza y siempre confianza! ¡en ella debemos siempre vivir!” Cierta día les dijo: “Hoy celebramos el domingo de *Lactare*: pues alegrémonos á pesar de las tribulaciones presentes. La razón de esta santa alegría la tenéis en tres palabras que todos los días decís: Creo, espero, amo. Cierta yo creo que es Dios mi padre, padre misericordioso y todo dulzura, que ama tiernamente á sus hijos, y por esto *¡lactare!* Yo espero en su divina gracia, que acá en la tierra quiere conducirme á la perfección, y algún día al gozo eterno de la gloria: *¡lactare!* Amo en fin á un Dios, que es todo

bondad, todo hermosura, y sé que le amo, pues todo lo he dejado por él, y á él le he preferido á todo: con que siempre *¡lactare!*”

Pero sus fuerzas decayeron de tal suerte que ya no podía andar sino raras veces. En julio de 1849 escribió á la Madre Barat el día de su santa patrona: “El divino Maestro, que echó una lazada á nuestras almas y nos unió en su Sagrado Corazón, pondrá el sello á nuestra amistad en la vida eterna. Pero hasta ese feliz momento debemos, querida Madre, ser una sola cosa con él en su cruz. ¡Así consigáis por dicha mía que, como vos sabéis llevar dignamente vuestra cruz, así tome yo sobre mí amorosamente la mía! Por desgracia ando yo demasiado lejos de este bien. . . . ¡Pedid por mí pasado mañana, fiesta de Santa María Magdalena! Por mi parte ofreceré ese día el santo sacrificio por vuestra intención, y rogaré al Señor que otorgue á su amada sierva toda la riqueza de sus dones.”

La última vez que el Padre Varín visitó el noviciado en Conflans, fué el 19 de enero de 1850. Al entrar saludó á las hermanas diciendo: “Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad”; y al poner término á su breve plática repitió las palabras del salmo: “Alabad al Señor porque es bueno.” Antes de pasar el umbral de la puerta despidióse diciendo con bondad paternal: “¡Hijas, hijas, valor siempre y confianza!” Se puso malo en abril; la Madre Barat le escribió al punto; entonces dijo él refiriéndose á las hermanas: “Á todas las tengo en mi corazón.” Y cuando el Padre

que le leyó la carta de la Madre Barat, llegó al lugar de ella en que le pedía perdón de todo aquello en que ella misma ó las hermanas le hubieran disgustado, replicó el enfermo: “¡No, no! ¡El Señor Dios siempre las bendiga!” Habiéndole dado el provincial la extremaunción, el Padre Varín derramó lágrimas de alegría. La mañana del viernes 19 de abril (1850) se durmió suavemente en paz.

La Madre Barat en circular á todas las casas del instituto comunicó la noticia de su muerte, con la cual perdieron un amigo verdaderamente paternal y un gran bienhechor. Algunos años después el Padre Guidée envió á la Madre una vida del Padre Varín que él había escrito; y ella, al darle las gracias, le dijo que aquel don le hubiera sido mucho más agradable si en esa vida se hubiera hablado menos de ella, que “no era á la verdad sino un pobre y frágil instrumento”.



CAPÍTULO DÉCIMO.

BREVE HISTORIA DEL AUMENTO Y EXTENSIÓN DE LA SOCIEDAD.—LAS MISIONES.

LOS días mismos en que sufrió el instituto tan rudos golpes de fuera y tantas tribulaciones por dentro, y más todavía después, creció y se extendió rápidamente, según ahora pondremos de manifiesto en la brevísima relación de las fundaciones que hizo la Madre Barat por sí misma ó por medio de sus hermanas.

En octubre de 1833 la Madre Barat se vió obligada á cerrar, con harto dolor de su alma, la casa de Grenoble, Sainte-Marie d'en-Haut; pues sobre no crecer el pensionado de ella, la ciudad reivindicaba su derecho de propiedad, y la autoridad militar proyectaba construir cuarteles en aquel lugar: estas razones la obligaron á dejar una casa donde se conservaban principalmente preciosos recuerdos, pues había sido donada á la Sociedad del Sagrado Corazón por la Madre Duchesne, á la sazón misionera en América, quien con tanto amor la donó, que se determinó á entrar en ella (1804).

En la primavera de 1834 la Madre Barat creyó necesario fundar en favor de las pobres niñas huérfanas de su casa de París un nuevo establecimiento, puesto que el número de estas niñas se había aumentado mucho. El cual fué erigido en Conflans, es decir, en aquel mismo lugar en que la Madre Barat, enferma y tomada de espanto, pasó los días de la revolución de julio. Fué éste el comienzo de un establecimiento singularmente importante para la Sociedad, es á saber, de la gran casa del noviciado fundado después.

El día de la Asunción de Nuestra Señora del año de 1834 encontramos á la Madre Barat en las Ardenas, en Charleville, donde algunas religiosas consagradas á la enseñanza bajo el nombre de hermanas “de la Providencia”, congregación fundada por una noble doncella, Juana Idelita de Morel, dos siglos hacía, y ahora decaída por injuria de los tiempos, deseaban vivamente incorporarse á la Sociedad del Sagrado Corazón. La Madre Barat las acogió amo-